

Las aventuras de Venturio

Enredado en las redes sociales



vtr.com

Mauricio Paredes, Ilustraciones de Verónica Laymuns

© Del texto: 2014, Mauricio Paredes

© De las ilustraciones: 2014, Verónica Laymuns

www.mauricioparedes.com

www.laymuns.com

vtr.com

De esta edición:

Inscripción N° 245.081

Impreso en Chile/ Printed in Chile

Primera edición: marzo 2015

Diseño de colección interior y portada:

Sign Comunicación Visual S.A

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de VTR.

Mauricio Paredes

Ilustraciones de Verónica Laymuns





Las aventuras de **Venturio**

Enredado en las redes sociales

Mauricio Paredes
Ilustraciones de Verónica Laymuns

1. La primera impresión



—¡Catalina, a dormir! ¡Mañana tienes colegio!

—¡Sí, mamá, sólo me falta imprimir el último espíritu!

La niña de cabello ondulado trabajaba en su dormitorio, iluminado nada más que por la pantalla del computador. El padre de Catalina habló con voz de trueno.

—¡Acuéstate, ya me tienes aburrido con tus onas!

Ella se levantó de un salto y caminó hasta su puerta.

—¡Papá! Se llamaban selk'nam en realidad. Los *otros* les decían onas.

—Que se llamen como quieras, pero métete a la cama —respondió su padre, que era tan cariñoso como gruñón—. Mañana terminas con calma.

Pero algo malo pasaba con la impresora. Y justo cuando iba a finalizar con su espíritu selknam favorito: el Kótaix. Catalina pensaba que el Kótaix era un poco como su papá: si estaba de buen ánimo era cómico y hacía bromas. En cambio, si estaba enojado... ¡Ay, ay, ay! Mejor huir. En todo caso, su padre se parecía al Kótaix en la personalidad, pero nada en lo físico. El espíritu selknam tenía

el cuerpo pintado a franjas rojas y blancas y unos grandes cuernos sobre la cabeza.

—Está bien, tú ganas —le dijo la niña al computador y luego seleccionó “Imprimir” por última vez, como para probar suerte—. Mañana lo veremos con calma, como dice mi papá. ¡Eres una máquina desobediente!

Apagó la pantalla, pero dejó el computador y la impresora prendidos, por si ocurría algún milagro durante la noche y se imprimía el famoso Kótaix. Jamás se habría imaginado la niña del cabello rizado que, efectivamente, en medio de la oscuridad, sucedería un fenómeno maravilloso que cambiaría su vida.

Justo a la mitad de la noche, cuando todos los adultos y los niños están dormidos, los seres misteriosos salen de sus escondites y tienen el mundo entero para ellos. En aquella hora encantada, el silencio del dormitorio de Catalina se vio interrumpido por el sonido de la impresora. Algunas luces parpadearon y una hoja ilustrada cayó sobre la mesa. ¡Era el Kótaix, con sus cuernos y franjas rojas y blancas! Hasta ahí todo habría sido normal, pero ocurrió algo más, algo increíble, ¡algo formidable! Si alguien





hubiese estado mirando el papel, podría haberse dado cuenta de que la imagen del espíritu selknam parecía separarse de la hoja. Si ese alguien fueras tú, no podrías creer que en verdad la figura impresa se despegaba lentamente y tomaba forma, pero no plana, sino que con un cuerpo robusto y redondeado. Exactamente: un Kótaix, pero en miniatura.

El espíritu miró a su alrededor, puso su puño izquierdo en su mentón y procedió a investigar toda la habitación, que le parecía lo más raro que había visto en su vida. Bueno, es verdad que su vida era de apenas algunos segundos, así que no conocía mucho, pero de todas formas le parecía fascinante.

Mientras, Catalina dormía profundamente. No tenía idea la sorpresa que le esperaba cuando despertara.



2. Un cuerpo pequeño para un espíritu grande



—¡Catalina, está listo el desayuno!

La niña se sentó apoyando su espalda en la almohada y parpadeó varias veces, estiró los brazos y arqueó la espalda para desperezarse. Finalmente se quedó con la vista fija, como si fuera un zombi. Entonces vio la figura selknam a los pies de su cama y sus ojos brillaron de alegría.

—¡Súper, súper! ¡Qué linda sorpresa! —exclamó saltando sobre el colchón—. ¡Mis papás me tenían de regalo un Kótaix de juguete! Por eso decían que no me preocupara. ¡Son muy astutos!

Abrazó a su nuevo muñeco con todas sus fuerzas.

—¡Ay, me duele un poco! —reclamó el espíritu.

Catalina lo lanzó lejos, aterrorizada. El Kótaix aterrizó de cabeza en el piso.

—¡Ay, ay, ay! —gritó el selknam desde el suelo—. ¡Ahora sí que me duele mucho!

—Pero, ¿cómo puede ser? Eres el Kótaix que yo quería imprimir



anoche, pero estás... estás... ¡vivo!

—¡Claro que estoy vivo! —respondió él, muy ofendido—. Bueno, mientras no me revientes.

—Uy, perdona... fue la emoción —dijo Catalina.

El pequeño selknam tenía su mano izquierda afirmando su mentón, como si pensara mucho.

—Dime, persona gigante. ¿Cómo sabes que soy un Kótaix?

—¡Sé todo sobre ustedes, los selknam! —dijo sonriendo y se sentó frente al computador—. Ven, mira, he investigado todas sus tradiciones: el ritual del hain, los jóvenes kloketen y también a Xalpen.

—¡Xalpen! —exclamó con horror el espíritu, que se había trepado sobre el hombro de la niña para observar todo con detalle—. ¡No, Xalpen, no!

Catalina se dio cuenta que el espíritu Xalpen asustaba mucho al Kótaix.





—Tranquilo, es sólo una fotografía. Esta máquina es un computador y yo me conecto a Internet para investigar. Y bueno, para un montón de otras cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó el pequeño espíritu, lleno de curiosidad.

—Bueno, para conversar con mis amigos, para poner fotos, para jugar... no sé, muchas, muchísimas cosas. Internet es una maravilla.

—¿Y yo? —indagó el selknam—. ¿Puedo tener amigos en esa maravilla de Internet?

La niña de cabello ondulado no supo qué responder.

—Bueno, es que... mira, están las redes sociales, pero hay que tener cuidado porque...

Entonces se escuchó la voz de trueno del papá.

—¡Catalina! ¡Desayuno! ¡Ahora!

Ella corrió despavorida y se vistió lo más rápido que pudo.

—¡Oh! Me acabo de dar cuenta que no sé tu nombre. ¿Tienes uno?

Él infló su pecho, lleno de orgullo.

—Claro que tengo un nombre. Me llamo Venturio, el Kótaix selknam.



La niña se quedó pensando y puso su mano izquierda en su mentón, imitando al espíritu sin darse cuenta.

—Venturio... te queda bien. Yo me llamo Catalina.

—Muy lindo nombre, persona gigante. ¿Puedo jugar a tener amigos mientras tomas tu desayuno?

—¡No! —gritó ella, pero luego se calmó, para no asustar a sus padres—. No, por favor, no vayas a tocar el computador —le suplicó y tomó su mochila, abriendo el cierre—. Venturio, si te meto aquí y te llevo al colegio, ¿te vas a quedar tranquilo?

—No.

Ella se impresionó con la respuesta.

—¿No? ¡Pero qué espíritu selknam más travieso! ¿Y si te dejo aquí en mi dormitorio, te vas a portar bien?

—Puede ser. No estoy tan seguro.

—¡Catalina! —se escuchó la voz del papá de la niña, que ahora parecía rugido de león.

—Bueno —dijo ella, sintiendo que no tenía alternativas—, quédate aquí, Venturio, pero te lo suplico, te lo pido de rodillas: ¡no hagas

ningún desastre! ¿Por favor?

—Voy a tratar.

—Está bien, supongo que con eso basta —dijo y corrió hacia la puerta—. ¡Adiós, Venturio, vuelvo muy pronto! ¡Estoy feliz de conocerte!

—Hasta luego, Catalina, la niña gigante. Yo me sé entretener solo.

Y es verdad que Venturio se entretuvo solo, pero no se puede decir que sólo se entretuvo, porque la inocente Catalina no imaginaba la catástrofe que encontraría al volver del colegio.



3. La ropa sucia se lava en casa

En el colegio, Catalina estaba nerviosa. No podía creer que Venturio realmente existiera. ¡La hoja que no se quería imprimir se había transformado en un selknam real! Bueno, en miniatura, pero verdadero al fin y al cabo. ¿O estaría volviéndose loca? Debía guardar el secreto, hasta averiguar más acerca de aquel miseroso Kótaix que la esperaba en su habitación. En el recreo evitó conversar con sus amigos. Cuando sonó la campana, corrió desesperada para subirse con su madre a la micro que las llevaría de vuelta a casa.

Trepó las escaleras saltando los escalones de dos en dos.

—¡Catalina, no te quedes pegada en el computador, ya va a estar listo el té!

—¡Sí, mamá! —alcanzó a decir, pero quedó paralizada cuando vio a Venturio parado sobre el teclado del computador.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó con horror—. ¿Y por qué siempre te tomas la pera con la mano?





Él se detuvo, giró hacia ella y le dijo con una sonrisa:

—Es algo que hago, como tú, que te arreglas el pelo cada treinta segundos.

La niña no pudo evitar ordenarse el cabello y sintió rabia de hacer justo lo que le decía el pequeño selknam. Miró la pantalla y se acercó para leer cuidadosamente. ¡Era su propia cuenta personal en las redes sociales!

—¿Qué has hecho, Venturio? —le preguntó, alarmada.

—Aprendí a usar Internet. Tenías razón. ¡Es maravilloso! Mira, Catalina, la gigante: además usé ese aparato para capturar imágenes.

—Se llama máquina fotográfica. ¿Y para qué la usaste?

Él le mostró, feliz, lo que había hecho en el computador.

—¡Tarááán! —exclamó—. ¡Ahora tendré muchos amigos!

La niña miró con espanto las imágenes que Venturio había publicado en las redes sociales. Eran de su pijama, su camiseta... ¡hasta de sus calcetines con hoyos!



—¡Venturio! ¿Por qué hiciste eso? —lo regañó.

Él le contestó sorprendido.

—Tú dejaste ese atuendo en el suelo, así que pensé que ya no servía. Puse una imagen y a todo el mundo le gustó. Luego puse otra y ¡chan! más personas dijeron que les gustaba y mira lo que escribieron: “¡Ahora los calcetines, los calcetines!”. Así fue que capturé una imagen y todos quedaron fascinados.

—Todos menos yo —dijo Catalina, con lágrimas en los ojos.

Venturio se bajó del teclado y caminó hasta el borde de la mesa.

—¿Qué te ocurre, niña inmensa? ¿Por qué te sale agua de los ojos?

Ella se cubrió la cara con las manos.

—¡Porque tú me pusiste en ridículo! ¡Te hiciste pasar por mí y me humillaste frente a todos los que me conocen! ¿Por qué tienes la obsesión de tener más amigos? —le preguntó, indignada.

Él se sentó, respiró hondo y le respondió con voz suave.

—Porque no tengo ni un solo amigo, Catalina.



Ella se conmovió. Se acercó y lo levantó con sus palmas para acercarlo a su rostro. El tocó las lágrimas en la mejilla de la niña y luego se llevó el índice a la punta de la lengua,

—Son saladas —dijo con voz solemne—, como el océano. Nosotros vivíamos a la orilla del mar, pero ya no queda ninguno. Mi pueblo está extinto. Solamente estoy yo. Por eso es que no tengo amigos.

—Lo sé, Venturio —dijo ella, sollozando—. Lo sé porque he estudiado todo acerca de ustedes los selknam. Lo lamento mucho.

—No es culpa tuya —dijo él, acongojado—. Tú eres una persona gigante buena.

Catalina se quedó en silencio un momento.

—¿Sabes? Yo puedo ser tu amiga... bueno, si tú quieres.

—¡Claro que sí! ¡Gracias! —respondió dando saltos, pero sin quitar su mano del mentón.

—Pero te portas bien —le advirtió la niña.

—Lo intentaré, pero a veces tengo arrebatos. No me puedo controlar. Es porque soy un Kótaix. Soy impulsivo por naturaleza.

La niña de pelo ondulado sonrió con su corazón lleno de cariño.

—Está bien, tienes que tratar todo lo posible y yo te ayudaré. Aprenderás a controlarte tú solo, estoy segura. Más tarde debo comer y luego a dormir. ¿Vas a descansar a mi lado?

—Sí, Catalina, como un juguete de peluche.

Ella se sintió feliz. Al fin tendría calma y paz. Eso creía.



4. Gente buena y gente mala

Durante la noche, Catalina se despertó porque tenía ganas de ir al baño. Cuál fue su sorpresa al ver al espíritu selknam instalado frente al computador, con los ojos rojos de tanto mirar la pantalla.

—¡Venturio! —exclamó ella—. ¡Prometiste portarte bien!

—Lo hice —respondió él, con aires de importancia—. No usé tu cuenta, creé una propia. Y puse una de esas pinturas luminosas. ¿Cómo es que se llaman?

—Fotografías.

—Eso mismo —afirmó Venturio—. Puse una fotografía de mí y ahora seré muy conocido.

La niña se acercó para ver lo que hacía el Kótaix, a pesar de que ya se reventaba de ganas de ir al baño.

—¡Estás chateando! ¿Con quién estás conversando?

—Con mi primer amigo.

—¿Pero no quedamos en que yo era tu primera amiga? —dijo ella, un poco ofendida.





El selknam dudó un momento, pero luego dijo:

—Bueno, mi primer amigo “virtual”.

Catalina sintió que le tiritaban las piernas. En parte por la rabia, pero también por las ganas de hacer pipí.

—¿Cómo conoces la palabra “virtual”? ¿Quién te la enseñó?

—le preguntó—. Venturio, escúchame: no puedes hablar con desconocidos. Es peligroso, porque no toda la gente es buena.

—¿Entonces toda la gente es mala?

La niña rió.

—No, no es para tanto. La mayoría de la gente es buena. Pero hay unos pocos malos... o que se han puesto malos con el tiempo. Ahora tengo que correr al baño, ¡porque si no, me hago!

Después de un rato, Catalina volvió aliviada y le pidió al Kótaix que se quedara en la cama. Aprovechó de revisar su e-mail. Su corazón latió como un tambor cuando leyó:



Para: Kótaix

De: Xalpen

Querido Kótaix:

Mi marido Shoort y yo te saludamos. ¿Pensabas que eras el único selknam? Pues no. También estamos nosotros y queremos cumplir tu deseo de ser conocido. Serás más famoso de lo que puedes imaginar. Te esperaremos en el hain justo antes de que se inicie el kerren.

Un abrazo,

Xalpen y Shoort

La niña no sabía si leerle el correo a Venturio, pero finalmente decidió hacerlo y conversar acerca de lo arriesgado era creer en lo que le decían personas extrañas por Internet.

—Pero, Catalina, ¿y si es verdad? —preguntó, con inocencia, el espíritu—. ¡Tendría miles de amigos!



—Venturio —le dijo ella, haciéndole cariño en sus cuernos—, esos no serían amigos de verdad. ¿Comprendes?

—Comprendo.

—Además, ¿cómo sabes si es realmente Xalpen quien te escribe? Puede ser un impostor. ¿Me entiendes, Venturio?

—Sí, entiendo.

Si un niño inteligente estuviera leyendo esta historia, sabría que Venturio había entendido, pero que eso no significaba que fuese a obedecer. Si ese niño inteligente fueras tú, adivinarías exactamente lo que el pequeño selknam haría en unas pocas horas, especialmente si fueras tan inteligente de buscar en Internet el significado en idioma selknam de “hain” y “kerren”.





5. Enredado en las redes sociales

Justo antes de que saliera el sol (kerren), Venturio se escapó por la ventana rumbo al lugar sagrado selknam, llamado hain, donde los jóvenes kloketen debían cumplir muchas pruebas difíciles para aprender las verdades de la vida. Se escabulló en silencio y corrió por las calles solitarias y desconocidas para él, siguiendo su instinto. Era un pequeño ser dando saltos, con sus cuernos y rayas rojas y blancas iluminados por los primeros rayos de luz.

Esos mismos rayos de sol entraron al dormitorio de Catalina.

—Mmm... —murmuró la niña de cabello rizado, acurrucada en su cama—. Olor a pan tostado, ¡qué rico!

Puso sus pies en el suelo e iba a caminar hasta la cocina. Entonces vio una nota escrita en la pantalla del computador.

NO PUDE AGUANTAR. FUI DONDE XALPEN.

—¡Venturio! ¡Nooo!

Sintió que se iba a desmayar, así que se sentó en el borde de la cama. “¿Qué hago? ¡Qué hago!” pensaba con angustia. “¿Ir a buscarlo yo? ¿Sola? Imposible, sería peor. ¿Contarle a mis papás? Jamás me creerían. ¿O sí? Yo nunca les miento, bueno, casi nunca.

¡Vamos, Catalina, atrévete!” se dijo a sí misma.

Caminó lentamente.

—Hola —dijo con la voz temblando—. Tengo que decirles algo, pero tienen que creerme.

Catalina les contó todo y sus padres quedaron con la boca abierta. Entonces su papá comenzó a hacer un sonido con la lengua y el paladar, un chasquido que parecía el tictac de un reloj. Era la contraseña de su familia para indicar que se debía decir la verdad, aunque fuese terrible. También significaba que no habría castigo.

—Clac, clac, clac —hizo Catalina con su boca, igual que su papá, confirmando que todo lo que había dicho era cierto.

—¡Hay que llamar a la policía! —dijo su mamá y tomó el teléfono.

—¡Hay que revisar la conversación! —dijo el papá y fue con su hija hasta el computador.

Leyeron el chat entre Venturio y Xalpen y ambos llegaron a la misma conclusión:

—¡La mansión abandonada! —exclamaron— ¡Ése es el hain!

Llegaron corriendo al lugar, junto con los policías, que venían en radiopatrulla y motocicleta.

—¡Por aquí! —les dijo la mamá de Catalina, indicando hacia el interior de la misteriosa casa.

Al llegar a la puerta, la niña de pelo ondulado se quedó paralizada. Pensó en lo que le podría haber pasado al selknam. Y todo por no ser responsable con el uso de Internet. Se sintió culpable por no haberle enseñado mejor que no debía hablar con extraños, que no debía publicar fotos ni datos privados, que no debía creer en todo lo que le dijeran. Tuvo miedo de imaginarse las consecuencias.

—¡Venturio, mi amigo! —le salió del corazón—. ¡Pobrecito!

—Vamos, entremos —le dijo su padre, tomándole la mano.

En la habitación más oscura había una jaula. Dentro estaba atrapado el pequeño Kótaix, sacudiendo los barrotes con desesperación.

—¡Sáquenme, sáquenme! ¡Auxilio!

Catalina corrió y forzó la puerta para abrirla. Venturio saltó para abrazarla.





—¡Venturio, mi Venturio, mi Kótaix querido! —dijo ella, llorando.

Él volvió a poner su puño en el mentón y le dijo:

—Mira mis ojos, ahora también me sale agua.

—¿Son lágrimas de miedo? —preguntó la niña.

—No, son *ka* —lágrimas— pero de agradecimiento hacia ti por haberme salvado. Actué mal. Te pido perdón.

Catalina le hizo cariño.

—Tranquilo, ya conversaremos después. Lo importante es que tú estás bien. ¿Y Xalpen? ¿Era ella de verdad?

A Venturio se le ensombreció el rostro.

—Sí, era Xalpen. Ella y su marido Shoort se desvanecieron cuando los sintieron venir. Además de malos son unos cobardes.

La madre de Catalina se había acercado con suavidad.

—¿Y por qué te encerraron, Venturio?

El selknam sintió vergüenza y sus franjas rojas se pusieron más rojas aún.

—Era todo un engaño. Bueno, sí querían hacerme famoso, pero no

famoso por algo bueno. Su plan era mostrarme como un monstruo, como un bicho raro para que todos se rieran de mí por ser distinto. Querían recorrer el país y luego todo el mundo.

—No te preocupes, ¡los atraparemos! —habló el padre con su voz de trueno—. En nosotros sí puedes confiar.

—Gracias —dijo el Kótaix—. Me enredé en las redes sociales.

—Jaja —rió Catalina—. Sí, se podría decir eso.

El espíritu rascó su mentón con su mano izquierda, pensando con fuerza.

—Tengo una pregunta —dijo.

—Cuéntanos —dijo la mamá de la niña de cabello ondulado.

—¿Nunca más en mi vida voy a poder usar Internet?

La mamá, el papá, Catalina y hasta los policías rieron.

—No, Venturio —dijo la niña—. O sea quiero decir sí, Venturio. Sí vas a poder, pero nosotros te vamos a enseñar. Recuerda lo que yo te dije: Internet es una maravilla, pero hay que ser cuidadoso.

—¿Y podemos imprimir a alguno de mis amigos selknam?



Catalina se quedó en silencio y miró a sus padres. Ellos se miraron entre sí y hasta miraron a los policías, que se encogieron de hombros.

—Podemos tratar —le respondió la niña de pelo rizado, Venturio—. ¿Qué crees tú que pasará?

Un niño inteligente como tú descubriría la respuesta.



Cómo navegar con seguridad en Internet

Este libro se enmarca en el Programa VTR Internet Segura, cuyo propósito es sensibilizar, educar y proteger a los menores de edad respecto a los beneficios y riesgos en el uso de Internet. Desde que comenzó el Programa VTR Internet Segura, se han realizado diversos estudios que nos entregan datos relevantes para poder entender el fenómeno de las nuevas tecnologías en los niños y jóvenes de nuestra sociedad.

Algunos de estos hallazgos son:

2008

- Descubrimos en el estudio del Índice de Generación Digital que el 49, 1% de los jóvenes chateaban con desconocidos.
- Frente a esta realidad nuestra campaña de sensibilización se llamó “No chatees con desconocidos, ni entregues tus datos personales”.

2010

- VTR publicó el Estudio sobre el Bullying, Ciberbullying y violencia escolar, donde descubrimos que “los jóvenes utilizaban las fotografías publicadas como herramientas para intimidar y provocar dolor”.
- También realizamos una nueva campaña cuyo slogan era “Si no celebras la mala onda, la mala onda desaparece”.

2012

- El “Estudio de usos y hábitos de los jóvenes en redes sociales” descubrió que el 63% de los jóvenes ha aceptado la amistad de totales desconocidos en Internet.
- También que el 43% de los jóvenes compartían sus claves secretas.
- Por esto, se gestionó una campaña de sensibilización remarcando la idea “Tus claves secretas son secretas”.

Algunos consejos para padres

- Enseñe a sus hijos que las solicitudes de amistad de extraños deben ser rechazadas.
- Recuerde al niño que la información puesta en línea es pública.
- Explíqueles que no deben compartir sus claves de Internet.

Para más información visite la página
www.vtrinternetsegura.cl

vtr.com